

de la gracia. Pero en lo contingente de la sociedad, en lo temporal y no en lo eterno, en las cosas de este mundo y no en las que tienen por objeto otro mundo mejor, en las cuestiones económicas y políticas, en una palabra, ¿qué tiene que hacer el catolicismo? ¿Hay acaso en todos los tratados de teología algo que determine si convienen ó no los gobiernos representativos, el sufragio universal ó limitado, el libre cambio, esta ó aquella dinastía, ó no someterse á ninguna? ¿La Iglesia no ha consagrado y admitido igualmente en su gremio á las democracias, á las aristocracias y á las monarquías? Pero dice Donoso que las cuestiones principales no son estas, sino otras más altas que resuelve el catolicismo, ó lo que él llama catolicismo. Examinemos, pues, las soluciones supremas que, por medio de este catolicismo aplicado á la política, dá el Sr. Donoso á esas cuestiones altas, y veremos que en último resultado no dá solución alguna, sino la vulgarísima y sabida de que tengamos paciencia y nos resignemos.

No era menester para esto escribir libro nuevo, habiendo ya tantos libros devotos con los cuales el fuego de la caridad y del amor de Dios inflama las almas, y las predispone suavemente á la resignación, dándoles la esperanza de gozar en la otra vida de ese amor infinito, y aun de alcanzar en esta algunos favores regalados del esposo místico. A Donoso-Cortés se le ocurren pocas veces semejantes ternuras, y más empeño muestra de helar á sus lectores con el miedo del infierno, que no de encenderlos en el amor del cielo.

La virtud y la fuerza principal de su estilo consisten en el sarcasmo y la ironía. Hay en su libro una sátira tan vehemente y tan deslumbradora contra la razón humana, y contra todas las ideas generalmente proclamadas en este siglo, y una defensa tan bien hecha de la esclavitud y de la imbecilidad del entendimiento, y un tan maravilloso y sublime panegírico de la efusión de sangre, que debemos tratar de refutarlos; así como debemos hacer notar que, si bien el dogma católico está expuesto fielmente en el libro singular de que nos ocupamos, se deducen en él tales consecuencias, que si no fuese el catolicismo divino, vendría á tierra, y se hundiría para siempre con pocos defensores que tuviese como el marqués de Valdegamas.

III.

De cuanto va dicho se deduce que Donoso-Cortés no solo defiende el despotismo, valiéndose de la religión, é interpretándola á su antojo, sino que pone contradicción entre el catolicismo, el liberalismo y el socialismo, como si fuesen tres escuelas del todo enemigas y opuestas, y no se pudiese ser socialista sin ser ateo, ni liberal sin ser racionalista, ni católico sin ser servil. (1) El catolicismo es para Donoso, y con razón,

(1) Así como hay secta de neo-católicos serviles, cuyos apóstoles son Bonald, De Maistre y Donoso: hay secta de neo-católicos progresistas, como Gioberti, y muchos otros libera-

una teología divina. El socialismo es para Donoso, y ya aquí empieza á desbarrar, una teología satánica; y por lo que tiene de teología, aunque sea del demonio, (por donde propiamente debiera llamarse demonología), Donoso le considera y respeta. Al liberalismo es al que trata con soberano desprecio. El liberalismo no es teología ni de Dios ni del demonio; y ni Dios ni el demonio le quieren. Al leer por vez primera las burlas de Donoso contra los liberales,

Incontinente intesi, e certo fui
Che questa era la setta dei cattivi,
A Dio spiacenti ed a'nemici sui.

De todas las escuelas, dice Donoso, esta es la más estéril, porque es la ménos docta y la más egoísta. Como se vé, nada sabe de la naturaleza del mal ni del bien; apenas tiene noticia de Dios, y no tiene noticia ninguna del hombre.

Gioberti, Rosmini y el padre Ventura, son ó han sido liberales, y sin embargo sabian más de Dios y del hombre que el Sr. Donoso. Pero copiemos sin comentarios lo que este sigue diciendo de la escuela liberal. Los desvarios, por elocuentes que sean, no han

les, que no por serlo dejan de tener religion; y secta de neocatólicos demócratas, como Laménais, Bordas Demoullins, Huet y otros. Estas sectas se acusan las unas á las otras de heréticas, blasfemas y paganas; y apoyan sus opiniones opuestas, y autorizan las injurias que mutuamente se dicen con citas de la Biblia y de los Santos Padres; de los Decretales y de los Concilios.

menester refutación. « Impotente para el bien, porque carece de toda afirmación dogmática, y para el mal, porque le causa horror toda negación intrépida y absoluta, está condenada, sin saberlo, á ir á dar con el bajel que lleva su fortuna al puerto católico, ó á los escollos socialistas. Esta escuela no domina sino cuando la sociedad desfallece, y el periodo de su dominación es aquel transitorio y fugitivo en que el mundo no sabe si irse con Barrabás ó con Jesus, y está suspenso entre una afirmación dogmática y una negación suprema. La sociedad entonces se deja gobernar de buen grado por una escuela que nunca dice *afirmo* ni *niego*, y que á todo dice *distingo*. El supremo interés de esa escuela está en que no llegue el día de las negaciones radicales ó de las afirmaciones soberanas; y para que no llegue, por medio de la discusión confunde todas las nociones y propaga el escepticismo, sabiendo como sabe, que un pueblo que oye perpetuamente en boca de sus sofistas el pró y el contra de todo, acaba por no saber á que atenerse, y por preguntarse á sí propio si la verdad y el error, lo injusto y lo justo, lo torpe y lo honesto son cosas contrarias entre sí, ó si son una misma cosa mirada bajo puntos de vista diferentes. Este periodo angustioso, por mucho que dure es siempre breve; el hombre ha nacido para obrar, y la discusión perpétua contradice á la naturaleza humana, siendo como es enemiga de las obras. Apremiados los pueblos por todos sus instintos, llega un día en que se derraman por las plazas y las calles pidiendo á Barrabás ó pidiendo á Jesus resuel-

tamente, y volcando en el polvo las cátedras de los sofistas. »

Traducido todo este párrafo á un lenguaje más razonable y ménos elocuente, serfa como si dijéramos, que á la escuela liberal, ó dígase á la gente sensata é ilustrada, le inspiran horror igualmente toda afirmacion dogmática como las de Donoso ó Torquemada; y toda negacion intrépida como las de Proudhon ó de Babeuf: á la escuela liberal, que tiene juicio, le causa horror la locura. La escuela liberal, esto es, la gente sensata é ilustrada, está condenada, sin saberlo, pero á menudo sabiéndolo perfectísimamente, á no gobernar largo tiempo á los pueblos, que no son ni ilustrados ni sensatos, y vá á dar con el bajel que lleva su fortuna ó al puerto *católico* del dia de San Antonio en Sevilla, con el saqueo en nombre de la religion y del rey, y el grito de *muera la nacion y vivan la inquisicion y las cadenas*, ó á los escollos socialistas de los incendios de Valladolid y de Palencia. La escuela liberal no domina sino cuando la barbarie desfallece, y por eso domina en Inglaterra, en Bélgica y en Francia. La sociedad entonces se deja gobernar por una escuela, que nunca dice *afirmo* ni *niego*; porque siempre *distingue* entre la religion y la supersticion, la libertad y la licencia; Santa Teresa y Sor Patrocinio, Padilla y Pucheta. El supremo interés de esa escuela, y bien se puede añadir que el supremo interés de la sociedad toda, está en que no llegue el dia de las negaciones radicales ó de las afirmaciones soberanas; esto es, el dia de Robespierre ó de Torquemada; el dia de San

Bartolomé ó las matanzas de setiembre; el dia de los autos de fé, ó el dia de la guillotina; el dia de los asesinatos de los judios y de los indios, ó el de los asesinatos de los frailes. Para que no llegue este dia la escuela liberal *distingue* todas las nociones por medio de la discusion, procura ilustrar la opinion pública, y propaga el escepticismo ó la doctrina filosófica que nos aconseja examinar detenidamente antes de creer en el marqués de Valdegamas ó en el ciudadano Aiguals de Izco. Cuando un pueblo no es digno aun de tener un gobierno liberal é ilustrado, se cansa pronto de las discusiones que no entiende, quiere obrar y se vá á los montes con un trabuco, ó apremiado por sus instintos (Dios nos libre de ellos), se derrama por las plazas y por las calles pidiendo lo que se le antoja ó tomándolo sin pedir, y volcando en el polvo las cátedras de los sofistas. Estas cátedras deben de ser sin duda de las universidades que Fernando VII mandó cerrar, si bien abrió en cambio un colegio de Tauromáquia.

Por fortuna esos instintos feroces, de los que se podria esperar el triunfo de las doctrinas de Donoso ó del socialismo, no existen hoy en el pueblo español; y si existen en una mínima parte de la hez de la plebe, basta la fuerza pública y un gobierno enérgico para reprimirlos: un gobierno enérgico que deje el libre campo á la discusion razonable, y que tenga á raya los delirios, sobre todo cuando quieran *traducirse en hechos*: un gobierno, en fin, que no se llame *católico* por convertir á la nacion en un convento de

frailes corrompidos y ociosos (1); ni progresista por trasformarla en un campamento y hacer que verdaderamente progresen á costa del público algunos desca- misados; ni amigo del orden por serlo del orden de Varsovia; ni conservador á la manera de Mili- chus, el que vendió á su señor por favorecer al tirano, el que causó la muerte de Lucano y de Séneca, y á Roma tanta desolacion, lágrimas é ignominia; y el que, por último, *præmiis dilatus, conservatoris sibi nomen adsumpsit*, como refiere Tácito en sus anales.

A fin de que un gobierno no tenga ninguno de estos defectos, y en cuanto sea compatible con la flaca condicion humana, tenga las cualidades indispensa- bles para que una nacion florezca y prospere, es me- nester que ese gobierno sea la misma opinion pública ilustrada, revestida del poder y ejerciéndole en nom- bre de la razon, de la justicia y de la conveniencia y decoro de la república.

Difícil es, á no dudarlo, averiguar cuál sea la ver- dadera opinion pública digna de respeto: pero mas

(1) El autor de este artículo dista mucho de ser enemigo de las órdenes monásticas, y confiesa los grandes bienes que han hecho á la sociedad; lo convenientes que fueron en otros tiempos, y lo útiles que pueden ser todavía. Solo condena los abusos, y el excesivo número de ellas que hubo en algunas épocas, cuando muchos tomaban el hábito mas que por ver- dadera vocacion, para tener un medio de vivir en la holganza. Lo que es en el dia, quisiera el autor para España, que se volvieran á poblar algunos monasterios, y principalmente los que por ser grandes monumentos de nuestras glorias naciona- les deben conservarse siempre, no hallándose mejor modo de conservarlos, que el que los habiten las comunidades.

ocasionado á inconvenientes y á errores es cualquiera otro sistema de gobierno. Y por otra parte, siendo en el dia imposible y excusada pretension el convencer á las mechedumbres de que se las manda y se las ti- raniza en nombre de Dios, es menester mandarlas y tiranizarlas por la fuerza ó sucumbir á la fuerza, cuando no se las gobierna razonable, justa y conve- nientemente.

Pero Donoso dice que esto sucede porque ya no somos católicos, sino paganos. Dentro de la Iglesia católica los reyes y los pueblos se santifican, y no pueden ser ni tiranos ni rebeldes. Donoso olvida que si espiritualmente no están los réprobos dentro de la Iglesia católica, corporalmente lo están, como los animales inmundos estaban en el arca; y estos répro- bos, ó son príncipes tiranos como Luis XI en Francia, César Borgia en Italia, D. Pedro el cruel en Castilla, y en Inglaterra Ricardo III; ó súbditos rebeldes como los hay en el dia, y como los hubo en los mejores tiempos del catolicismo, si estos tiempos mejores son, segun parece que Donoso lo indica, la tenebrosa y sangrienta barbárie de los siglos medios.

Consideremos el más brillante de estos siglos tan celebrados por Donoso, por De Maistre y por otros de la misma escuela: consideremos el siglo XIII en el pais más católico y culto de entonces; en Italia. Santo Tomás de Aquino y San Buenaventura vivian enton- ces y escribian sus obras divinas. Dante escribió poco despues su divino poema; y si la fé católica y el in- genio sublime que Dios le habia dado le hacen pintar

maravillosamente las glorias del paraíso; para pintar los abominables horrores del infierno, le basta copiar los de su nación y los de su época, y apenas es su infierno un trasunto pálido de aquellos horrores.

Las costumbres privadas no eran tampoco más puras que en el día.

O serva Italia di dolore ostelle,
Nave senza nochiere in gran tempesta,
Non donna di provincie, má bordello!

Los cuentos de Boccaccio y el hecho mismo de escribir tales cuentos un sacerdote, prueban á las claras qué costumbres eran las de entonces (1).

Ni se ha de creer que los teólogos del siglo XIII, ni la mayor parte de los teólogos de cualquier otro siglo, predicasen la obediencia ciega á los príncipes, y su derecho divino de apacentar y asesinar á los pueblos como á un rebaño; lo cual para Donoso sería una garantía de orden, de paz y de dicha. Nosotros, así como estamos muy lejos de acusar al catolicismo de la ferocidad de los siglos medios, lo estamos igualmente de acusarle con el impío Machiavelo, de esa cobarde mansedumbre que aplaude Donoso, y que,

(1) Donoso-Cortés pretende que las costumbres no pueden ser peores desde que no hay religion. Difícil es averiguar desde cuando supone Donoso que no la hay; mas no creo que suponga que en tiempo de los Reyes Católicos ya no la hubiese. Lean, pues, los discípulos del ilustre marqués las obras literarias de aquel tiempo, trasunto fiel de las costumbres, y quedarán edificados y convencidos: sobre todo si leen *La vision deleitable*, *El pleito del manto*, y *La c....comedia*.

según el gran político italiano, *ha enflaquecido y debilitado el mundo, y dándole como á saco á los hombres malvados para que sin resistencia y con seguridad puedan hacer de él á su talento.*

En tiempo de los emperadores de Roma pagana, y cuando se propagaba el cristianismo y crecía y florecía con la sangre de los mártires, era conveniente la paciencia, la resignación y aun el martirio de los fieles; por donde los santos padres todos recomendaban estas virtudes y la sumisión más completa á las potestades de la tierra, por tiránicas que fuesen. La caridad debía triunfar de la soberbia, y la humildad del orgullo mundano: y para que se cumpliesen estos divinos decretos era menester el sacrificio. Los juriconsultos, aduladores de los tiranos, se han apoyado después en estas costumbres de la Iglesia primitiva, para aconsejar una sumisión que ya no tenía un objeto santo, y que humanamente debía redundar en perjuicio de la república.

Hugo Grotio, empero, dice que los súbditos pueden levantarse contra el rey legítimo por varias causas que detenidamente declara, y supone que la soberanía reside en el pueblo, aunque después por delegación se la concede al príncipe más ampliamente de los que debiera. Los teólogos, en su mayor parte, han sido aún más liberales y han proclamado á veces principios de derecho político que Rousseau no desdenaría.

«Por lo mismo, dice Santo Tomás de Aquino, que la multitud tiene derecho para elegirse rey, puede,

sin injusticia, despojar al que eligió, ó refrenar su potestad si abusase de ella tiránicamente. Ni puede juzgarse que falta á la fidelidad el pueblo destronando al rey que le gobierna con tiranía, aun cuando ántes se hubiese sujetado á él perpétuamente, porque merecido se tiene él mismo que no le guarden los súbditos su pacto por no portarse con fidelidad en su gobierno como lo exige el oficio de rey.»

Nuestros antiguos políticos españoles, frailes muchos de ellos, sostuvieron, aun en los tiempos del mayor despotismo de los monarcas austriacos, doctrinas en extremo liberales y hasta revolucionarias á veces: y sólo se muestran enemigos de la libertad en materia de religion, recomendando continúa y encarecidamente al príncipe y á sus consejeros que persigan y quemén á los herejes (1) y amenazándolos con

(1) En las divinas letras, dice el padre Rivadeneira, manda Dios que muera el que no quisiere obedecer al sacerdote: y llama á los herejes lobos, ladrones y cáncer. De lo cual sacan los Santos, que se han de matar como lobos, para que no perezcan las ovejas; ahorcar como ladrones, para que no roben las almas; y cortarse como cáncer, para que no cundan ni inficionen las partes sanas de la república.» «Si el que hace moneda falsa, añade en otra parte, es quemado, por qué no lo será el que hace y predica doctrina falsa? Si el que falsea las letras del rey merece pena de muerte, ¿qué merecerá el que corrompe la Sagrada Escritura y las divinas letras del Señor? ¿Muere por justicia la mujer que no guardó la fé á su marido, y no morirá el que no guardó la fé á su Dios? ¿Y el que mata á otro y le quita la vida corpóral, muere por ello, y el hereje que mata las almas, no merece ser castigado?... Así que muy justo es que el príncipe cristiano haga severa justicia contra los herejes, como siempre despues que tuvo fuerzas la

el castigo de Dios y con el odio de sus vasallos si se descuidan en un punto de tanta importancia. Por lo demás, indican y dan á entender á cada paso al príncipe que reina por la voluntad del pueblo, y que *la eleccion del pueblo es la causa eficiente de toda soberanía*. Así lo afirma el P. Rivadeneira, de la compañía de Jesus, en su *Tratado del príncipe cristiano*. Fr. Antonio de Guevara, obispo de Mondoñedo, no da tampoco otro origen á la dignidad y oficio de rey, en un sermón que predicó sobre el particular delante del emperador Carlos V. El P. Rivadeneira añade y hace tambien, en el tratado susodicho, la distinción que ya hemos hechos nosotros, asegurando que para el gobierno de la república basta con la luz y prudencia humana, y que la espiritual y divina no se requiere, ni la concede Dios sino á sus sacerdotes y ministros para el gobierno espiritual de la Iglesia. *Y como los príncipes seglares no la han menester para su gobierno político no se la da el Señor*. Siendo, pues, su sabiduría humana, y por consiguiente falible, deben los príncipes asesorarse con sus consejeros, como lo recomienda Navarrete en su *Conservacion de Monarquías*, y no hacer nada sin oírlos, y poner en claro la verdad y la conveniencia por medio de la *discusion*, y sujetarse en todo á las leyes del reino: y si las quebrantaran podrán los vasallos quebrantar el juramento de fidelidad, que no tiene fuerza faltando la condicion Iglesia en ella se ha usado; y que entienda que comunmente todos los medios suaves y blandos, que con ellos se usan, les sirven de ponzoña para endurecerse y hacerse obstinados.»

que se la daba, y alzarse contra la tiranía y sacudir su yugo. Rivadeneira dice de los ganteses rebeldes contra su legítimo soberano, que *se determinaron de morir como hombres, ántes que rendirse á príncipe tan fiero y cruel, confiados de Dios y de su justicia.*

El jesuita Juan de Mariana, en su tratado *Del rey y de la institucion real*, sostiene el principio de la soberanía del pueblo; dice que es lícito matar al tirano, y lamenta con elocuentes y fatídicas palabras la futura ruina de la monarquía española, que él deduce de la pérdida, corrupcion y olvido de sus antiguas libertades. «No se queja ya el pueblo, exclama, de que se corrompe con dádivas y esperanzas á los procuradores de las ciudades, únicos que han sobrevivido al naufragio, principalmente desde que no son elegidos por votacion, sino designados por el capricho de la suerte, nueva depravacion de nuestras instituciones, que prueba el estado violento de nuestra república, y lamentan hasta los hombres más cáutos, á pesar de que nadie se atreve á desplegar los lábios? Es preciso pensar en la tempestad mientras dura la bonanza, no sea que por falta de precaucion nos arrastre la borrasca, y derribadas todas las garantías de la república, giman las provincias, sobrevengan de dia en dia como en tropel muchas calamidades, deje de corresponder el éxito tanto en la guerra como en la paz, á la grandeza del imperio, y nos veamos por fin envueltos en un sin número de males.....»

«.....Quede, pues, establecido que miran por la salud de la república y la autoridad de los príncipes,

los que circunscriben la autoridad real dentro de ciertos límites, y la destruyen los vanos y falsos aduladores, que quieren ilimitado el poder de los reyes.» Mariana añade más adelante: «Hemos sentado que un príncipe no puede dejar de cumplir las leyes sancionadas en córtés por ser mayor el poder de la república que el de los reyes; y decimos ahora que si á pesar de nuestras instituciones y de la fuerza del derecho llegase á quebrantarlas, se le podría castigar, destornar y hasta, exigiéndolo las circunstancias, imponerle el último suplicio.» No hubieran dicho más Cromwell y Robespierre para justificar la muerte de Carlos I y de Luis XVI. Los PP. Madariaga, Santa-María y otros muchos, de los que nada cito por no ser prolijo, tienen asimismo las ideas políticas más avanzadas, como se llaman ahora: y son liberales, y más que liberales, sin dejar de ser católicos: por lo cual queda, en nuestro entender, demostrado que el catolicismo y el liberalismo no son incompatibles, como pretende Donoso-Cortés.

Las doctrinas económicas tampoco se oponen al catolicismo, y muy eruditos y católicos varones hubo en España reinando los muy católicos reyes de la casa de Austria, entre ellos el ya citado Navarrete, Perez Herrera, Sancho de Moncada, Martínez de la Mata y Alvarez Osorio, que han explicado la despoblacion y miseria del reino, la decadencia de la industria y del comercio, y el casi total aniquilamiento de la riqueza pública, por la gran multitud de frailes y de clérigos, por la amortizacion civil y eclesiástica,

y por otras razones que ahora pasan por herejías y blasfemias en los oídos de los discípulos de Donoso.

En cuanto al socialismo, también nos parece hasta cierto punto error de Donoso el sostener que repugne á la religión católica; á no entender por socialismo esa filosofía grosera y santificadora de las pasiones, en que le fundan algunos, ó la singular opinión de que la familia y el matrimonio deben abolirse. Mas purgado el socialismo de estos errores anti-católicos cabe perfectamente dentro de la Iglesia: y de ello dan testimonio, en la práctica las misiones del Paraguay; y en la teórica, la *Salento* de Fenelon, la *Utopía* de Tomás Moro, mártir glorioso de la fé católica, y hasta la *Ciudad del Sol* de Campanella, que al cabo era un religioso, aunque no muy ejemplar, á cuya pluma debemos asimismo no solo el libro *De Monarchia hispánica*, sino otro más que católico, en que se demuestra *per philosophiam divinam et humanam jura Summi Pontificis super universum Orbem*.

El socialismo se opone á las leyes económicas, y los economistas y no los teólogos deben combatirle: por eso le ha combatido victoriosamente Bastiat en sus *Armonías* y en sus *Cartas* á Mr. Proudhon. El socialismo se opone también á la condición humana, que prefiere la independencia al bienestar, aunque el socialismo pudiera dársele á tanta costa; y en nombre de la independencia y de la libertad del hombre contradice y niega Rosmini en un escrito elegantísimo las absurdas cavilaciones de Owen, de Saint-Simon, y de Fourier. ¿Pero qué ley de Dios ni de la Iglesia

quebrantaríamos con declarar el derecho al trabajo, con establecer los talleres nacionales, ó con vivir bajo cierto régimen en una especie de conventos ó de hospicios, en vez de vivir cada uno á su gusto en las aldeas y ciudades? Si Donoso ha querido decir que el espíritu que anima á los socialistas y liberales del día es anti-católico, no que el liberalismo y el socialismo lo sean esencialmente, y que de la disminución de la fé en el mundo nacen todos los males y trastornos que le afligen y conmueven, su libro debiera concretarse á hacer la apología del catolicismo para convencer á los incrédulos, no mezclarse en cuestiones políticas en que la pasión le hace desvariar, ni en cuestiones económicas que no entiende. Su libro debiera ser una obra como los *Estudios filosóficos sobre el cristianismo* de Augusto Nicolas, como la *Relación entre la ciencia y la religión revelada* del cardenal Wiseman, ó como la *Exposición del dogma católico* de Genoude. Pero Donoso-Cortés mezcla y confunde la teología con la política; su imaginación poderosa le hace amalgamarlo todo en un conjunto tan extravagante como poético, y su elocuencia de pseudo-profeta le lleva á tocar todas las cuestiones sin demostrar nada, pero cegando el entendimiento, y arrebatando la fantasía de quien le lee. Tiene muchos discípulos, ha tenido bastantes admiradores y magnificadores, y pocos muy pocos que juzguen seria y detenidamente su ensayo sobre el catolicismo. El libro de Donoso no es una Enciclopedia: pero es el cúmulo condensado, como una petrificación ó cristalización sólida y brillante, de cuanto aquel

hombre sabia, discurria é imaginaba. Dificil es examinar este libro punto por punto á no escribir otro más extenso aun. No todos tienen la fuerza sintética y condensadora de Donoso; ni tampoco es lo mismo vaciar en un molde la estatua colosal soñada por Daniel, que analizar en el crisol de la crítica los infinitos elementos discordantes de que se compone. Veamos solo si nos es posible tirar la piedrecilla contra los piés de barro, y echar por tierra esa fragil y gigantesca fabrica.

IV.

El principal argumento de Donoso contra la ciencia social y contra la ciencia política es que los que profesan estas ciencias en nuestros tiempos no tienen la ciencia católica, y apoyan aquellas ciencias humanas en una filosofía racionalista ó atea. Mas aun suponiendo que todos los socialistas y los liberales todos sean racionalistas ó ateos, no es consecuencia necesaria de esta suposición que el liberalismo y el socialismo lo sean en sí igualmente. Hé aquí, sin embargo, las razones que da Donoso para demostrar, á su vez, que lo son.

El mal, dice, está en el hombre de resultados del pecado original, y no en las formas del gobierno político, que nada importarian si el hombre fuese bueno; ni en la sociedad, que seria buena, si los hombres lo

fuesen. Pretender, como pretenden muchos socialistas, que el hombre es bueno y la sociedad mala; ó pretender, como pretenden algunos liberales, que el hombre es bueno y que ciertos gobiernos son malos, es un error anti-católico, segun Donoso: segun nosotros es tambien un error anti-racional; y en parte acusamos al Sr. Donoso de ese error que él mismo condena, ya que en su libro no trata de probar, en último análisis, sino que los gobiernos representativos son detestables, y los despóticos excelentes. La sociedad es mala ó defectuosa, porque los hombres que la componen estas sujetos al pecado y á la ignorancia. Si todos fuesen buenos y sábios, lo seria asimismo la sociedad. En esto convenimos. Mas seria un error negar, como parece que niega Donoso (pues á veces no se sabe muy fijamente ni lo que niega ni lo que afirma), que la sociedad y los gobiernos puedan mejorarse de un modo natural, no hasta un extremo de perfección, que no cabe en la condicion decaida del hombre, sino limitadamente y dentro de esa misma condicion imperfecta. El gobierno y la sociedad, por mejorados que se los quiera suponer en lo futuro, siempre darán testimonio, con su existencia sola, de la debilidad é ignorancia del hombre: porque si el hombre fuese perfecto, ni habria menester del gobierno, porque él mismo se gobernaria, ni de la sociedad, porque se bastaria á sí propio. La *anarquía* proudhoniana seria entonces posible.

En cuanto á la sociedad, hay que considerarla de dos maneras, ó fundada en el amor y afición mútua

que se tienen, ó se pueden tener los hombres, y en este sentido la sociedad seria más natural al hombre mientras más perfecto fuese: ó cimentada en el interés y en la necesidad que tenemos unos de otros, y en este sentido nos es más necesaria mientras menos perfectos somos. Pero Donoso sabe sumar y multiplicar, y no sabe elevar á potencia, y por esto habla así. La verdad, dice, ó está en algun individuo, ó no está en ninguno. Si está en algun individuo no hay por qué se discuta para encontrarla. Si no está en ninguno de los que componen la sociedad que discute, no podrá salir de la discusion, ni servirá de nada á la sociedad discutidora. La bondad, dice, ó está en cada uno de los hombres que componen la sociedad, ó no está en ninguno, ni en la sociedad tampoco. Si el hombre ha pecado, añade por último, y se ha hecho esclavo del pecado, el hombre no se puede redimir á sí propio, porque ser redentor y pecador á la vez, arguye contradiccion; luego la sociedad, que es un conjunto de pecadores, no puede ser redentora, no siéndolo ninguno de ellos singularmente.

A todo esto se necesita responder *distingo*, aunque se enfade el Sr. Donoso, que aborrece esta palabra, así como aborrece la discusion, *que es el traje que lleva la muerte cuando viaja de incógnito.*

La bondad y la verdad perfectas ni estan en la tierra, ni son calidades naturales al hombre, ni cada uno de por sí, ni todos juntos pueden alcanzarlas: pero algo de la bondad y algo de la verdad, aunque sea poquisimo, y hasta si se quiere en dosis infinite-

simal, cabe en el hombre; y creemos que si alguien tiene esta verdad ó esta bondad diminutas, no hará mal en comunicárselas á sus semejantes por medio de la discusion y de la persuasion, ya que sin apelar á un milagro, que no todos pueden hacer, no hay otro medio de comunicar verdades y de dar buenos consejos. Si Donoso mismo no se creia enviado del cielo para convertirnos milagrosamente, fuerza es confesar que trataba de persuadirnos discutiendo, y valiéndose de la razon humana, que él llama sinrazon y desatino.

En punto á redencion sabemos y creemos, como el Sr. Donoso, que el hombre no se redime por sí mismo, sino por la gracia de Dios y por la sangre de su Santísimo Hijo. Pero la ciencia social, rectamente entendida, no trata de esa redencion sobrenatural, para la cual solo los medios sobrenaturales son bastantes, sino de ciertos alivios y recursos humanos, que podemos tener y proporcionarnos naturalmente en este valle de lágrimas. Remover un gran peñasco no es dado á un solo hombre, ni á ciento que obren por separado, ó á la vez sin concierto; pero si los ciento obran todos juntos y concertadamente, y en la misma direccion, removerán la piedra. Hay, por lo tanto, en este concierto, que es el organismo de la sociedad, y en esta direccion, que es el gobierno de ella, un poder, que ni se halla en un hombre solo, que es el individuo aislado, ni en todos juntos obrando desconcertadamente, que es la sociedad sin un buen organismo. Luego mientras mejor sea el gobierno, mas atinada será la direccion, y mas fácil remo-

10489

ver la piedra; y mientras mejor organizada esté la sociedad, mas concertadamente obraremos, naciendo de este concierto y de esta direccion una fuerza, que ni está en cada uno de nosotros por separado, ni en todos juntos, como el mero producto de una multiplicacion ó de una suma.

Trabajar el hombre para mejorar su condicion en esta vida, no se opone tampoco á la doctrina evangélica. Ni niega la Providencia divina quien busca y reconoce las causas naturales en los efectos que son naturales ó cotidianos, si así quiere llamarlos Donoso. Llame en buen hora milagro perpétuo á cuanto sucede segun el orden natural, y milagro intermitente á lo que sucede fuera de este orden. Los liberales, con creer en esas causas segundas, no hacemos de Dios un *Dios constitucional*, ni ponemos en la gobernacion del mundo *division de poderes*. Tan legislador es Dios de las leyes naturales, como de las sobrenaturales; y tan ejecutor de los milagros intermitentes, como de los cotidianos. La diferencia está en que Dios establece en los cotidianos ciertas leyes y cierta razon de ser, que el hombre alcanza, ó puede acaso alcanzar con el tiempo y el estudio; y en los intermitentes pone ciertas leyes y cierta razon de ser, que nuestro entendimiento no podrá descubrir nunca, y que solo por la revelacion, y con la fé, se creen, aunque no se comprendan.

Donoso se enfurece, y debe enfurecerse contra el maniqueismo proudhoniano, porque es una blasfemia. ¿Mas por qué refutarle como si fuera una doctrina? Re-

fute el ateismo, pero no el maniqueismo. ¿Quién ha dicho á Donoso que los que se llaman maniqueos ó anti-teistas, en el siglo XIX, sean otra cosa más que ateistas? ¿Cómo ha llegado su obcecacion hasta el punto de creer que una figura retórica es una creencia? Cuando Proudhon dice que Dios es enemigo del hombre, y que es menester vencerle para vencer el mal, presupone ya que Dios no existe. ¿Quién ha de creer en Dios, y dudar de su bondad? Eso que Proudhon llama Dios son las leyes inflexibles de la naturaleza cósmica y humana, la personificacion de la fatalidad ó del acaso, la fuerza ciega del universo, que sin Dios que la dirija y encamine al bien, no puede ménos de ser contraria al hombre que ve su último fin en esta vida, y que se propone alcanzar en ella una felicidad imposible. Prometeo, Tántalo, el propio Lucifer son entonces para Proudhon figuras alegóricas de la ciencia y de la voluntad humanas, que luchan con la naturaleza y tratan de domarla. Este es el más espantoso error de los impios. Solo la gracia de Dios doma la naturaleza del ser interior nuestro. La ciencia humana puede, no obstante, sometida y confiada en la Providencia divina, domar y mejorar hasta cierto punto, la naturaleza exterior; no por medio de milagros intermitentes (Josué no tuvo necesidad de ciencia para mandar al sol que se parase); sino por medios naturalísimos, como Franklin marcó al rayo un sendero, y Watt con el vapor dió movimiento á las máquinas.

Claro está que si Dios no hubiera querido, ni se hubiera descubierto el para-rayo, ni el vapor se hu-

biera aplicado como fuerza motriz, ni se hubiera inventado la brújula, ni la pólvora, ni la imprenta. No se hubiera inventado tampoco la economía, el derecho político, la ciencia de la administración y otras, en virtud de las cuales, y no en virtud de milagros intermitentes, se mueve la gran máquina de la sociedad, y se mueve hácia el bien, porque Dios lo quiere, y porque Dios la dirige, valiéndose para ello de la inteligencia y de la libertad del hombre.

La disminucion de la fe trae consigo la disminucion del bien y de la verdad en el mundo, ha dicho el marqués de Valdegamas. Es así que el bien y la verdad, aunque anublada é incompleta esta, y aquel escaso y fugitivo, existen hoy en el mundo, más abundante el uno, y la otra más clara que nunca; luego la fé existe también en los corazones. Lo que dejará pronto de existir es la supersticion y el fanatismo.

¿Por qué ha de sostener Donoso que la fé católica y la civilizacion moderna son cosas encontradas? ¿Por qué ha de formar este ridículo trabalengua, imaginando una trinidad humana á semejanza de la divina? *Adan es el hombre padre, Eva el hombre mujer, Abel es el hombre hijo. Eva es hombre como Adan; pero no es padre: es hombre como Abel; pero no es hijo. Adan es hombre como Abel, sin ser hijo; y como Eva, sin ser mujer; Abel es hombre como Eva sin ser mujer; y como Adan, sin ser padre.* ¿Por qué ha de decir hablando de la Trinidad divina: *el Padre es tesis, el Hijo antítesis, y el Espiritu Santo síntesis*; y no con San Agustín, *in Patre unitas, in Filio æqualitas, in Spiritu Sancto uni-*

tatis æqualitatisque concordia? ¿Por qué ha de dar á entender que ya no hay más familias que los clubs y los casinos, como si no hubiese en el día familias decentes, honradas y cristianas, y como si nunca hasta ahora hubiera habido tabernas y casas de juego, que eran los clubs y los casinos de otros tiempos? Y por último, ¿por qué ha de confundir la necesidad absoluta de la Encarnacion del Verbo, en la hipótesis de una satisfaccion condigna del pecado, con la absoluta é incondicionada necesidad de esta redencion de sangre? No sabia Donoso que Dios pudo gratuitamente perdonarnos la culpa, ó aceptar cualquiera satisfaccion imperfecta que hubieramos podido darle? Por qué pues deducir de esta premisa la horrible consecuencia de que los que hacian sacrificios humanos acertaban en mucho y erraban en algo? Acertaban, dice Donoso, porque Dios queria sangre; erraban porque la sangre de toda la humanidad no podia aplacar la ira de Dios. Por eso mandó Dios á su Hijo Unigénito para que derramase su sangre por la salud del género humano. Pero si la sangre humana, impura y pecadora, no tiene virtud bastante para purificar á la humanidad, siempre la tiene para limpiar ciertas manchas, y ganar la voluntad de Dios; y hé ahí la razon de querer Donoso que se derrame en abundancia. En ella funda el derecho de imponer la pena de muerte. Donoso-Cortés hace del verdugo un sacerdote.

Imposible parece que Donoso-Cortés para refutar los absurdos sistemas de los socialistas, y para no entrar en las honduras de la economía política, se haya

hundido en las profundidades teológicas, y haya sacado de ellas tanto delirio. ¿Debo seguir diciendo, como ya indiqué al principio de este escrito, llevado del amor que á pesar de todo tengo á Donoso, que expone fielmente el dogma? Será más cuerdo retractarse? Por fortuna ó por desgracia entiendo todavía que Donoso le expone con fidelidad, salvo alguno que otro desliz, y no pocas extravagancias en la manera de espresarse: pero sus deducciones y aplicaciones no pueden ser más lastimosas. Cualquiera pensaria que D. Juan Donoso-Cortés, marqués de Valdegamas, ministro plenipotenciario de S. M. Católica en la capital de Francia, elocuentísimo orador, gran político, hábil diplomático, egregio poeta, maravilloso sofista, y hombre de agudísimo y encumbrado ingenio, habia perdido el juicio, leyendo alternativamente las obras de San Agustín, de Proudhon y de De Maistre, al temeroso estruendo de los que combatieron en las calles de París el gigantesco combate que se llama las Jornadas de Junio. Pero el libro singularísimo de Donoso vivirá tanto en la memoria de los hombres, como el recuerdo de esas jornadas: ambos estan escritos con sangre.

Revista Peninsular, diciembre, 1856.

UNA CÁTEDRA EN EL ATENEO.

El lunes 23 del pasado, de nueve á diez de la noche, dió el Sr. D. Emilio Castelar su primera lección sobre *Historia de la civilización durante los cinco primeros siglos del cristianismo*, pues este es el verdadero título de sus lecciones, y no el que equivocadamente les habíamos dado.

Un taquígrafo recogía y anotaba aquellas elegantes palabras, y es de esperar que por este medio goce el público de ellas, pues, ó se habrán publicado ya, ó se publicarán sin duda en algunos periódicos. Esto nos ha hecho vacilar un tanto, y hasta nos ha inclinado á desistir del propósito que teníamos de dar cuenta de lo que dijese el Sr. Castelar, ya que habiendo de gozar el público de las propias palabras de este orador extraordinario, inútil es dar de ellas un pálido trasunto. Quien puede ver y admirar en toda su grandeza y con toda la gala y primor de sus colores los preciosos cuadros de Murillo, no se pone á estudiarlos en mala copia grabada, donde en escala menor se reproducen